

Arturo Peña Lillo, polemista, escritor, editor y figura clave del pensamiento na-

“La Argentina tendría tener una Ley del

ARTURO PEÑA LILLO
ha publicado más de 400 títulos. Fue declarado Personalidad destacada de la cultura de la Ciudad de Buenos Aires.

La gran oposición que tiene la historia y todos los historiadores es Bartolomé Mitre y, con él, *La Nación*. Homero Manzi, que inició políticamente a (Arturo) Jauretche, fue quien señaló que Bartolomé Mitre había tenido el respaldo ideológico permanente de un diario como *La Nación*. La gran polémica entonces es Mitre. Alrededor de Jauretche no sólo estaba Manzi: había un círculo de jóvenes que lo admiraban, por ejemplo (Rodolfo) Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Rodolfo Puiggrós, (Juan José) Hernández Arregui, y una cantidad de jóvenes siempre alertas a las grandes conferencias que daba Jauretche en las mesas de café. Era tan atractivo su discurso que a veces era más brillante hablando que escribiendo. Lo mismo pasaba con (Abelardo) Ramos y ellos se admiraban mutuamente", afirma Peña Lillo, desde su casa en Ituzaingó.

—Usted era amigo de todos ellos, algunos considerados leyendas. ¿Puede contar alguna anécdota que los pinte de carne y hueso?

—En este momento hablamos de ellos como si fueran monumentos, pero yo estuve con ellos en una rutina en la que a veces los mandaba al diablo. Con Ramos, ¡Dios me libre! Pero yo siempre tuve un gran respeto por la inteligencia. A veces podía renunciar a mi ego en función del reconocimiento de la inteligencia porque leer a Ramos daba gusto. Me acuerdo de la primera edición de *Revolución y contrarrevolución*: lo leí con mi mujer en la cama como si fuera *Los tres mosqueteros*. Por ejemplo, cuando narra la década del '30, la descripción que hace de la pobreza, de los marginales, cómo describe un balcón modesto y pobre lleno de flores

A los 90 años sigue dando pelea. Crítico de la industria editorial actual, rescata a Jauretche, Ramos y Scalabrini Ortiz.

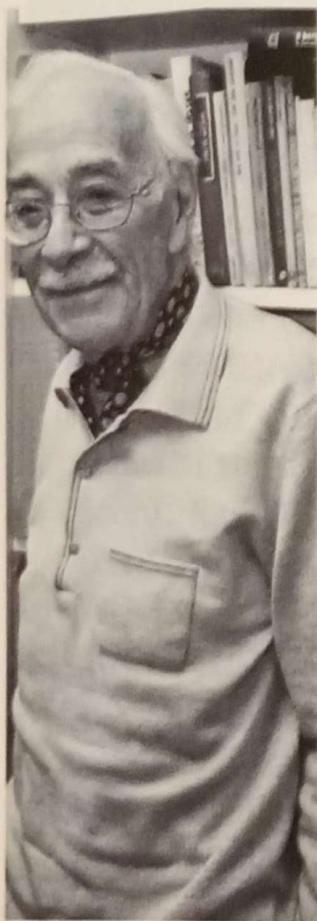
en una maceta hecha por el envase del aceite Ricoltore. Esa descripción es muy buena.

—Ramos fue uno de los autores destacados del pensamiento nacional. ¿Cómo nació esa ideología, en la que usted tuvo mucho que ver?

—El pensamiento nacional surge justamente a través de una situación crítica, que es la caída de Perón. Al ocurrir esta, los intelectuales que jamás habían tenido mayor relieve durante el gobierno de aquél, se vieron en la necesidad de explicar qué había sido el peronismo. Porque hasta ese momento muchos lo consideraban una leva de grasitas que venían a la Plaza de Mayo. El diputado radical (Ernesto) Sanmartino habló de "aluvión zoológico". Entonces aparecen nombres como Jauretche y Ramos explicando lo que era el sentir nacional, esclareciendo lo que ocurrió del 17 de octubre en adelante. Jauretche había escrito un libro muy importante luego de la caída del gobierno de Perón: *El Plan Prebischi. Retorno al coloniaje*. Después de sacarlo, se tuvo que exiliar y lo hizo radicándose en Uruguay. Y en esa soledad del exilio escribió un libro hermoso: *Los profetas del odio*, que lo mandó para acá, se agotó y se hicieron varias

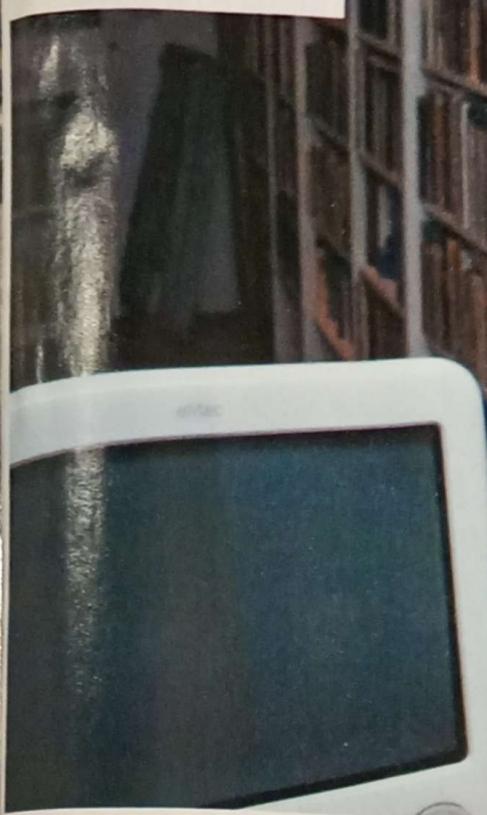
ediciones. Cuando en determinado momento se dieron las condiciones para que volviera del exilio, regresó y en el Instituto Juan Manuel de Rosas dio una conferencia muy importante titulada "Revisionismo histórico y la política nacional". Allí explica cuál es la función de la historia, es decir, cómo a veces la política aprisiona a la historia, y cómo esta es prisionera de la política, porque se hace la historia para favorecer una política determinada. Asistí a esa conferencia. A Jauretche lo conocía desde antes que se exiliara porque me lo había presentado un amigo en común, Ernesto Palacio, a quien le había editado *La historia argentina*, libro que me había abierto las puertas de lo nacional. A Jauretche le pedí el discurso de la conferencia que dio y lo edité como libro, que luego tuvo una repercusión muy importante, sobre todo en la juventud universitaria, que fueron los verdaderos lectores de mi editorial por entonces. Años después se sumaron como lectores hombres de negocios, abogados y algunos políticos. Tal es así que llegó un momento en que era difícil que un gobernante no me conociera a través de los libros. Un ejemplo de esto es lo que ocurrió en una de las últimas Ferias del Libro, en la que Cristina Kirchner se enteró que yo estaba allí y de que me iban a dar un premio, y empezó a recordar que ella había comenzado a educarse políticamente con los libros de la editorial. Volviendo a la publicación de la conferencia de Jauretche, después de aquella todos los intelectuales del pensamiento nacional se me acercaron y publicaron luego en la editorial.

—¿Ellos ya eran conocidos o empezaron a ser conocidos



cional

que Libro"



gracias a la editorial?

—No, empezamos a cono-
cernos allí. En un momento
edité *Revolución y contra-
revolución*, de Ramos, y en-
tré en el negocio de la edi-
ción y distribución. Y de ahí
en más se acercó Hernández
Arregui, con su primer libro
importante, *Imperialismo y
cultura*. Como Hernández
Arregui era muy depresivo,
Ramos lo alentaba para que
escribiera libros, porque ha-
bía momentos en que afloja-
ba. Y bueno, así se fue conso-
lidando la editorial, en la que
procuré que tuviera una línea
coherente y no salir a publi-
car libros que no fueran pro-
piamente de un interés na-
cional.

—¿Cómo era Raúl Scalabrini
Ortiz, para muchos hoy sólo
el nombre de una avenida?

—Siendo muy amigo de él,
le edité un solo libro. Era un
hombre con unas carencias
muy grandes porque nunca
fue funcional. Se dedicaba a
leer, a estudiar y a escribir.
Pero nunca en la Argentina
—salvo si se trata de autores
muy leídos, que tengan mu-
chos libros escritos y que se
vendan bien— se ha podido
vivir del libro. Los derechos
no son pocos pero las ventas
no son de la dimensión de un
país con un gran público lec-
tor. En Estados Unidos, un
hombre que llega a tener éxi-
to cuenta por millones la can-
tidad de sus lectores. Mien-
tras que acá, si usted es un es-
critor de éxito, apenas vende
cuatro mil ejemplares. Y eso
no hace una economía, no lo
puede mantener. Por lo tan-
to, la mayoría de los escritos

res tuvo que buscar otros re-
cursos para sobrevivir. Y eso
le pasaba a Scalabrini Ortiz.
Un día se tropezó con uno de
los primeros editores que tu-
vo, que le dijo: "Petiso, escribí
un libro que yo te pago los
derechos". Y fue así como en
un mes escribió *El hombre
que está solo y espera*. Otros
libros que escribió, *Política
británica en el Río de la Plata*
y *La historia de los ferrocarriles
argentinos*, recién se ven-
dieron mucho después de que
muriera. Pero en la época en
la que pasaba penurias econó-
micas, ni siquiera se los co-
mentaba en los diarios, por-
que los libros que hablaban
de "imperio" eran resistidos.

—¿Cómo recuerda su trabajo
de editor del pensamiento na-
cional durante la dictadura?

—Después del golpe del '76

“La Argentina tendría que tener una Ley del Libro”

se produjo un vaciamiento cultural tremendo, porque el Proceso determinaba que si usted iba con un libro por la calle era un subversivo, y se hacía pasible de un fusilamiento ahí nomás. De modo que desaparecieron los libros. Por muchos que se exhibían, a los libreros o les rompían la vidriera o les incendiaban la librería. Entonces, ya no me recibían ningún libro. Por ejemplo, me han devuelto el libro de José María Rosa *Las guerras del Paraguay y las misioneras argentinas*. Con leer nada más “misioneras” se agarraban de los pelos. Por eso, si quería seguir, hubiera tenido que editar tonterías, cosas completamente banales y no estaba dispuesto a eso. Encima, un día me llamó un periodista muy importante del diario *La Nación* y me dijo: “Arturo, venga para acá que vamos a charlar”. Entonces fui a *La Nación* y me contó: “Suárez Mason estuvo esta madrugada en un departamento en el que había una cantidad importante de jóvenes leyendo y discutiendo libros en su mayoría editados por vos. De modo que tené cuidado”. No cerré la librería pero se la dejé a los empleados, que sacaron algunos libros no comprometidos. En el '82, entonces, aproveché para lanzar una revista, *Quehacer nacional*, que sacó un artículo de un muchacho que tenía muy buena información sobre el tema Malvinas, y que denunció la posible invasión a las islas antes de que se produjera.

—Usted relató que para acceder al mundo editorial, como no había podido terminar la secundaria debido a razones económicas, en 1939 se vistió con carteles llenos de pensamientos, se puso un sobretodo, salió a la calle y se lo sacó frente al diario *Crítica* para llamar la atención. Y logró así conseguir un trabajo en los talleres de la revista *Radiolandia*. ¿Qué decían esos carteles? ¿Cómo fue?

—Era propio de una época petardista: los escritores y los intelectuales trataban de llamar la atención porque los medios de comunicación eran muy opacos. Entonces, muchos autores se subían a un columpio de los circos, daban discursos y leían pequeños

pensamientos suyos. Hubo escritores que alquilaban un carrojue fúnebre y se ponían a manejarlo para hacer publicidad de sus libros. Esto era muy común en aquella época. Estaba por ejemplo Omar Vignole, que era un veterinario que había sido sacerdote pero después lo echaron de la Iglesia porque una chica muy linda le pidió una frase religiosa, y él le dijo que le iba a dar otra cosa. Y él salía con una vaca y daba conferencias en las cuales le hablaba al animal y la gente se le reunía alrededor. Entonces, yo escribí varios pensamientos en unos trapos y me los coloqué. Por ejemplo, uno era “Ríete de mi dolor que la comedia es la tragedia patas arriba”, por cómo me veía. Otro decía: “Un sin trabajo”. Tenga en cuenta

que era una época en la que iba asomando el maquinismo. Justamente, en alusión a ello, tenía un slogan que era “Cierre automático”. En esos tiempos recién salía el llamado “cierre relámpago”. Y me llevaron preso a la comisaría 2^a de San Telmo. Todo esto repercutió en dos diarios chicos —*La Vanguardia* y *Última Hora*— pero sobre todo en uno que se llamaba *El Diario*. Pero en realidad lo había hecho con la intención de que me dieran un laburo relacionado con la actividad periodística o publicitaria; por eso se puse los carteles frente a la redacción de *Crítica*, pero no se dio por aludida. De *Radiolandia*, para hacerme publicidad, me dio un trabajo en la imprenta del sacerdote. Tiempo después hice una

“EN LA ÚLTIMA FERIA DEL LIBRO, LA PRESIDENTA SE ENTERÓ DE QUE YO ESTABA ALLÍ Y QUE ME IBAN A DAR UN PREMIO Y RECORDÓ QUE ELLA EMPEZÓ A EDUCARSE EN POLÍTICA CON LOS LIBROS DE MI EDITORIAL”



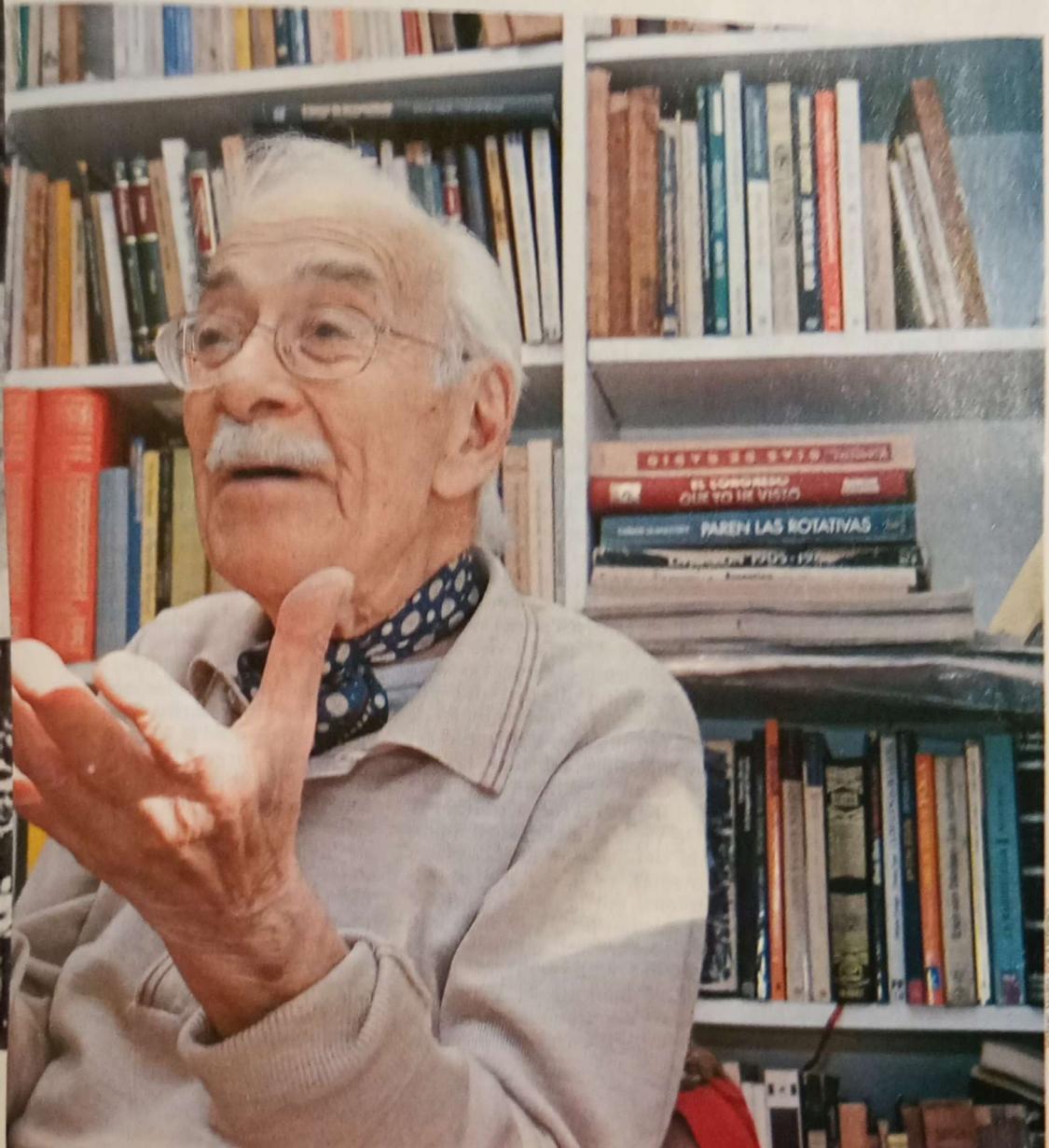
huelga como delegado y por eso me echaron.

Además de editar, también escribió dos libros: *El encantador de serpientes*, que se agotó, y *Memoria de papel*, que trataba sobre "los ícos" de los autores que ha frecuentado.

Si, *El encantador de serpientes* (1964) fue una crítica al sentido de los editoriales de entonces. Se agotó porque no había mucha bibliografía sobre el trabajo de edición y años más tarde, además, abrieron en Filosofía y Letras un curso para formar editores. Entonces los estudiantes lo pedían. En ese momento había una crítica al libro importado de España, a la presión que hacen las editoriales de allá para que no tuviéramos una buena infraestructura comercial del libro. Ellos, en cambio, tienen sus leyes y apoyan sus libros; tienen un ministerio para hacer libros y cualquier editorial española

es un emporio. Y acá nunca se pudo lograr. ¡Por qué! Porque cada vez que usted iba a ver al secretario de Cultura argentino, resulta que estaba con un funcionario español discutiendo, porque este no quería que funcionara ninguna Ley del Libro en la Argentina. Y así fue. He tenido participación en muchos proyectos de Ley del Libro. En el '73, cuando vino Perón, alcanzamos a terminar un proyecto y lo alcanzó a firmar el presidente que dejaba el poder, que era Lanusse, pero luego no se legisló, pese a que lo dejó firmado en su escritorio. Y fue uno de los proyectos de Ley del Libro fundamentales que luego copió Colombia, país que tiene una ley y una industria editorial muy buenas. Es decir, Colombia logró llevar adelante ese proyecto argentino y la Argentina no: fue a los cajones de los diputados. El otro día estuve conversando con

el diputado (Jorge) Cossío y creo que él ya se motivó en ese asunto y de una vez para todas despertar cierta conciencia en la parte gubernativa, porque todo presidente en la inauguración de la Feria del Libro siempre menciona que se van a ocupar de la Ley del Libro, pero no dejan el escritorio y crean que incluso luego le crean un impuesto al papel. Nosotros tendríamos que tener esa ley como forma de proteger al libro argentino. Porque acá las editoriales extranjeras tienen el campo libre, e incluso ideológicamente son las que están volteando sobre todo en las asociaciones de estudiantes, en el colegio, y en la universidad—fechos hechos por estas empresas extranjeras. Uno puede tener cierto sentido de libertad de comercio pero no de que le pisoteen la industria local; es deplorable. La hegemonía que tiene hoy la editorial extranjera acá es asombrosa. ■



"UNO PUEDE TENER CIERTO SENTIDO DE LA LIBERTAD DE COMERCIO PERO NO DE QUE LE PISOTEEN LA INDUSTRIA LOCAL; ES DEPLORABLE. LA HEGEMONÍA QUE TIENE HOY LA EDITORIAL EXTRANJERA ACÁ ES ASOMBROSA."